

CÉSAR AIRA nació en Coronel Pringles, Argentina, en 1949. Su obra se compone de más de 70 novelas, entre las que destacan *Ema, la cautiva* (1981), *Canto castrato* (1984), *La liebre* (1991), *El llanto* (1992), *Cómo me hice monja* (1993), *Los misterios de Rosario* (1994), *Un episodio en la vida del pintor viajero* (2000), *Fragmentos de un diario en los Alpes* (2002) y *La vida nueva* (2007). También es autor de los ensayos *Copi* (1991), *Alejandra Pizarnik* (1998), *Las tres fechas* (2001) y *Edward Lear* (2004). En 2001 publicó su *Diccionario de autores latinoamericanos*.

CÉSAR AIRA

Actos de caridad

Actos de caridad

César Aira

© César Aira

© De esta edición: Editorial Hueders

Primera edición: febrero de 2014

ISBN: 978-956-8935-29-0

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida sin la autorización de los editores.

Diseño: Inés Picchetti

HUEDERS 

hueders.cl | contacto@hueders.cl

SANTIAGO DE CHILE

Actos de caridad

Un sacerdote enviado a ejercer su ministerio en una zona económicamente deprimida tiene como primer deber aliviar la pobreza de su grey mediante actos de caridad. Con ellos ganará el agradecimiento de los beneficiados, y llegado el momento le abrirán las puertas del cielo. Pero debe recordar que la pobreza, ¡ay! no cesará con los donativos a los que, de todos modos, lo obliga su conciencia, su vocación, y el mandato de sus superiores. Adecuada para resolver una angustia momentánea o una carencia puntual, la caridad no es una solución definitiva. Esta cualidad de provisoria hace necesario que se renueve en el tiempo, al modo de un fluir continuo de bienes

materiales, para los que hay que encontrar una fuente. Los sacerdotes, respaldados por una institución que en su historia milenaria ha acumulado fondos suficientes, pueden subvenir sobradamente a los requerimientos de la caridad. Pero también hay que contemplar el hecho de que el ministro de la consolación divina debe vivir, con la dignidad que cabe a su oficio y con las comodidades que la crianza y el hábito le han hecho necesarias. Y esas disposiciones cuestan dinero, un dinero que podría, y en realidad debería, usarse para la caridad. Se debe encontrar un equilibrio, y el sentido común sumado a la prudencia y decoro del sacerdote lo encontrará y mantendrá. No obstante lo cual, sigue siendo cierto que cuanto menos gaste el sacerdote en su persona y allegados, más medios tendrá para socorrer al indigente y más cerca estará de obtener la recompensa celestial correspondiente. Esto último, si detiene por un instante el pensamiento, induce a una sospecha: ¿no habrá en el ejercicio de la caridad una sombra de interés, de orgullo, de vanidad? ¿No se estará usando a los pobres como peldaño para escalar al prestigio de la santidad? Sospecha fundada, como es fácil ver, pero peligrosa por disolvente, como toda duda, y en última instancia paralizante. Pues la alternativa sería la indiferencia ante el

dolor ajeno, el egoísmo. También aquí el recto camino es el de la prudencia, teñida en este caso de confianza en los designios divinos.

Las dos dificultades mencionadas, la de equilibrar los gastos personales con los empleados en la caridad, y la de evitar la vanagloria del benefactor engreído, puede sortearlas el sacerdote siguiendo el ejemplo que se expone a continuación.

El sacerdote empieza tomando en cuenta que su paso por el mundo es tan fugaz como permanente es la pobreza y la necesidad. A él lo remplazará otro sacerdote, que se verá ante las mismas disyuntivas que él. Y entiende que un buen modo de practicar la caridad es asegurar que el futuro no la interrumpa. Y esto no es sólo una precaución sino un acto de humildad, si el caritativo presente se resta deliberadamente puntos de santidad para asegurárselos al que le siga. En otras palabras, y yendo más a lo concreto, se trata de desviar hoy el dinero que podría haber ido a los pobres, para usarlo en las comodidades personales de las que gozará mañana el próximo sacerdote asignado a ese distrito, de modo tal que ese próximo sacerdote pueda emplear todo su presupuesto en aliviar el hambre y el frío de los necesitados.

Impulsado por estas razones, que si bien pueden parecer un tanto insólitas se sostienen en una firme lógica, el sacerdote hace coincidir su llegada al sitio donde se lo ha destinado con el inicio de la construcción de una casa. La existente y a su disposición es vieja, estrecha, incómoda, oscura, con goteras, pisos de gris cemento alisado, ventanucos sin postigos, y la rodea un patio erial, un gallinero en ruinas y un pajonal pantanoso. Para él estaría bien. No necesita lujos, ni siquiera de los modestos. Su voto de pobreza, implícito o explícito le manda compartir con sus semejantes más desfavorecidos las rudas pruebas de la vida. Y el dinero del que dispone le vendría bien a muchos de los habitantes de las inmediaciones: en sus rondas inaugurales, conociendo a la grey que le toca, ha comprobado la horrible miseria que azota a esas familias desamparadas, víctimas del desempleo, la ignorancia, y la distancia de los grandes centros urbanos. Le sería fácil hacer el papel de dador, empezar por ejemplo por la situación más desesperada (le costaría trabajo elegir, entre tantas que llaman a la conmiseración) y aliviarla con lo que parecería un milagro. Pues es tal el despojamiento que reina allí que lo que para él y los suyos sería una suma insignificante, digamos el costo de una golosina, para esa pobre gen-

te representa semanas de comida. Y luego seguir con otros, y otros más, como una mancha de aceite expandiéndose, hasta ganarse el amor y el respeto de todos en la región... Pero dejaría el campo minado para su sucesor, lo dejaría expuesto a la tentación de ocuparse más de sí mismo que del prójimo, tanto más que podría decir: Mi antecesor hizo tanto por los demás, pensó tan poco en sí mismo, dejó la sede sacerdotal en un estado tan ruinoso, que yo bien podría ahora hacer algo por mí, y por mi sucesor. Y los pobres, además de pobres malacostumbrados por su munificencia, quedarían sin pan, sin abrigo y sin remedios.

De modo que, cerrando los ojos a la sangre que mana de su corazón ante la desgraciada condición del rebaño, contrata arquitectos, albañiles, compra ladrillos, cemento, mármoles y maderas. Y emprende la construcción de una gran casa moderna, dotada de todos los adelantos y comodidades, y hecha para durar, con los materiales más nobles.

Ante la inocente mirada maravillada de los niños descalzos, cuadrillas rotativas de obreros provistas por una firma de desarrollos inmobiliarios empiezan a levantar una digna morada. El sacerdote ha discutido largamente los planos con el arquitecto. En cada